

Libros del Asteroide 

Chloe Dalton

La liebre y yo

Traducción de Celia Filipetto



Índice

Prólogo	13
---------	----

PRIMERA PARTE

1. Un lebrato en invierno	19
2. Vínculo	33
3. Un mes de vida: liebre cilla	51
4. Sin nombre	63
5. Días de mayo: bruja liebre	75
6. Independencia	89
7. Cuatro meses: ámbito hogareño	105
8. Agosto: pies ligeros	121

SEGUNDA PARTE

9. Adiós, lebrato, adiós	137
10. Confianza absoluta	153
11. Una maravilla de dos años	167
12. El linaje de liebres	179
13. Algo inesperado	193
14. Cosechas de sangre	203
15. Senderos secretos	217

Epílogo	233
<i>Bibliografía</i>	247
<i>Créditos</i>	252
<i>Agradecimientos</i>	253

Libros del Asteroide

Prólogo

Enero fue un mes glacial. La temperatura descendía con frecuencia a los cinco grados bajo cero. Empezó a nevar en Año Nuevo y no paró casi hasta mediados de febrero, cuando un breve deshielo dejó al descubierto las campanillas de invierno, que se abrieron paso entre la hierba empapada. Días después quedaron otra vez tapadas. Los copos de nieve llevados por el viento cubrieron los árboles de blanca escarcha, mientras las telarañas heladas colgaban de los setos, como enredos de cuerdas congelados. Un cernícalo solitario meditaba en la valla del jardín, espectral en la luz tenue. Unos zorros flacos patrullaban el paisaje, al acecho entre el barranco y el matorral, su audacia acrecentada por el hambre. Un puñado de plumón teñido de sangre coagulada era lo único que quedaba de una paloma torcaz regordeta, como si en el suelo hubiesen vaciado una bolsa de plumas. Desconcertados, los faisanes cruzaban los campos con el plumaje de la cola cargado de nieve apelmazada, recorriendo a marcha lenta el terreno helado; «por aquí, por aquí», indicaban las flechas perfectas de sus huellas, que se perdían a lo lejos hasta desaparecer.

A lo largo de aquellas gélidas semanas, una liebre cruzaba los campos saltando, sus movimientos ralentizados por la nueva vida que crecía en su interior. El sol invernal se aferraba al horizonte y ella se acurrucaba pegada al suelo, poniéndose a cubierto donde podía, guareciéndose del viento penetrante y del ojo voraz de los depredadores. Por la noche, rascaba la nieve con las patas delanteras para desenterrar retoños de hierba entre los rastros, o masticaba la corteza pelada de los setos, escasas fuentes de energía con las que protegerse del frío y nutrir a su cría nonata los cuarenta y dos días con sus noches que dura la gestación.

Una noche de febrero, la liebre construyó un nido en un saliente de hierba alta al borde de un campo. Allí, en silencio, bajo la luz de la luna, parió un lebrato oscuro como la noche misma, salvo por una marca blanca estrellada en la frente. Lo limpió a lametazos y lo alimentó, protegiéndolo con su cuerpo hasta que aprendió a servirse de las patas, antes de echarlo de su lugar de nacimiento, empujándolo ansiosamente con el hocico hacia un nuevo escondite en una densa mata de hierba aletargada que formaba un ceñido entoldado alrededor del lebratillo.

Después de ocultarlo a su entera satisfacción, la liebre madre volvió sobre sus huellas y, empleando la punta de las patas, borró su rastro y partió a toda velocidad para ganarle a la luz del alba que clareaba el horizonte. Avanzaba con pasos briosos y elegantes, como si procurase no mover una sola hoja de hierba. Cuando terminó, se alejó dando un salto con sus potentes patas traseras, dejando una distancia clara entre ella y su cría. Sin una madriguera donde esconder a su lebrato, lo único que

le quedaba por hacer era abandonarlo y mantener alejados a los depredadores hasta el anochecer, cuando regresaría al cobijo de la oscuridad.

En las horas siguientes, el invierno cedió y abandonó su rigor. El terreno cenagoso rebosaba de nieve derretida. Los humanos volvieron a salir, agradecidos, al aire libre. El diminuto lebrato de la estrella blanca en la cabeza se acurrucó en su nido de hierba y, apretándose contra el suelo, aguzó el oído y captó el sonido de unas voces lejanas que, llevadas por el viento, se fueron aproximando, junto con algo más: el chapoteo de unas patas, el aliento agitado y el olor almizclado de un perro que se acercaba, cruzando el terreno a la carrera en dirección a su escondite, hendiendo el aire con un ladrido aterrador, exultante.

Primera parte

Libros del Asteroide



Libros & Esteroides

1. Un lebrato en invierno

Los siberianos tienen nombres distintos para las liebres según la época en que nacen: *nastovik* (nacida en marzo, cuando una costra cubre la nieve), *letnik* (nacida en verano), *listopádnik* (nacida en otoño, cuando las hojas caen de los árboles).

A. A. CHERKÁSOV,
Notas de un cazador de Siberia Oriental, 1865

Estaba de pie, junto a la puerta trasera, y me disponía a dar una larga caminata cuando oí a un perro ladrar y a un hombre que le gritaba. Metí los pies con fuerza dentro de las botas y crucé el sendero de grava en dirección a la verja de madera para averiguar la causa del alboroto. No había motivos para que un perro anduviera por ahí. El granero donde yo vivía se alzaba solitario en una amplia extensión de tierras de labranza atravesadas por arroyos e hileras de setos, entremezcladas con zonas boscosas. Me había criado escuchando historias de cazadores furtivos que cortaban los candados y abrían las verjas a la fuerza para entrar con sus coches en los

campos de cultivo y adentrarse en los bosques, donde cazaban ciervos y conejos o lanzaban a sus perros tras las liebres. Bajo una luz más benévola, había veces en las que los perros salían disparados y abandonaban a sus amos, que paseaban por los senderos, para perseguir conejos o simplemente atraídos por los espacios abiertos, y al hacerlo, dispersaban a las ovejas o perturbaban a las aves que estaban anidando. El año anterior, un perro entusiasta, con la lengua fuera después de tanto correr, había saltado la tapia y, tras entrar en mi jardín, había embestido la nada, cortando el aire con la cola en plan juguetón antes de pegar otro salto, superar la tapia y salir disparado. Se trataba de episodios poco frecuentes, y sentí curiosidad por saber qué pasaba.

Me apoyé en la verja y escudriñé el campo, que se elevaba en una suave pendiente hacia el horizonte y caía luego hasta perderse de vista. El cielo era plumizo. Recorrí con la vista los setos, las zonas de rastrojos desnudos y las cubiertas de nieve que se disolvía despacio, hasta la oscura silueta del bosque más próximo. Fuera cual fuese el perro que había andado suelto, ya no se lo veía por ninguna parte. El viento me cortaba las mejillas con su filo helado. La niebla blanca de mi aliento salió volando. Hurgué en el bolsillo en busca de los guantes, me cerré bien el abrigo y eché a andar.

Enfilé por un sendero corto, sin asfaltar, que discurría al borde de un trigal y desembocaba en un estrecho camino vecinal flanqueado de altos setos vivos en los que abundaban las zarzamoras y las sinforinas. La solidez del sendero, formado por dos franjas de tierra compactada, permitía el paso de vehículos a pesar de los numerosos baches y charcos. Superé la cima del horizonte enfras-

cada en mis pensamientos y, cuando empecé a descender la ligera pendiente hacia el camino, me sorprendió ver frente a mí un animalito detenido en la tira de hierba que discurría por el centro del sendero. Paré en seco. «Lebrato.» La palabra me vino a la cabeza aunque jamás hubiera visto uno.

El animal, no mayor que el ancho de la palma de mi mano, descansaba echado sobre la panza con los ojos abiertos y las cortas orejas sedosas apretadas contra el lomo. El pelaje, pardo oscuro, espeso y desigual, le crecía en delicados rizos a lo largo de la espina dorsal. Unos pelos de guarda largos y pálidos, así como los bigotes, le sobresalían del cuerpo y relucían bajo el sol débil, creando un halo luminoso alrededor de su trasero y su hocico. Tendido contra la tierra desnuda y la hierba seca, costaba diferenciar dónde terminaba su pelaje y comenzaba el suelo. Se mimetizaba de modo tan perfecto con el inerte paisaje invernal que, salvo por el rápido ascenso y descenso de sus flancos, lo habría confundido con una piedra. Tenía las patas delanteras muy juntas, orladas de pelaje de color hueso, y las cruzaba como para estar más cómodo. Una aureola irregular de pelo espeso de color crema le rodeaba los ojos negros azabache. En lo alto de la frente lucía una nítida marca blanca que destacaba cual gotita de pintura. Cuando aparecí, no se movió, se limitó a analizar el terreno que tenía delante, sin moverse. «Lebrato.»

Las bocas abiertas de las conejeras bajo los árboles y los terraplenes, y el destello del blanco copo de algodón de las colas de sus habitantes eran imágenes familiares de mi infancia. Pero las liebres eran excepcionales y herméticas, se atisbaban siempre desde lejos, en plena

huida. Toparse con un lebrato tendido al descubierto, o simplemente llegar a verlo, era toda una sorpresa. Su situación tan expuesta se debía, probablemente, a que el perro que yo había oído lo había perseguido, o lo había atrapado y soltado, y el animalito se había quedado allí, como perdido en el sendero.

Sopesé las alternativas. Podía dejar al lebrato donde estaba, con la esperanza de que consiguiera volver a ponerse a cubierto y que su madre lo rescatara antes de que lo descubriera un depredador o lo aplastaran las ruedas de un coche. Podía recogerlo y ocultarlo entre la hierba alta, con el riesgo, pensé, de que su madre no lograra encontrarlo debido a que en la persecución hubiera terminado lejos de su escondite original, o bien de que ella lo rechazara.

De niña me encantaba la época del nacimiento de los corderos y pasaba mucho tiempo en una granja cercana. Había visto el modo en que la oveja madre era capaz de encontrar a su cría en un campo de corderos guiándose solo por el olor. Si se le acercaba cualquier otro cordero, o intentaba alimentarse de su leche, lo rechazaba con firmeza. Recuerdo que un granjero convenció a una oveja que había perdido a su cría de que amamantara al huérfano de otra madre envolviéndolo en la piel de su corderito muerto. Solo si el olor del huérfano se parecía lo bastante al de la cría que había perdido, la madre de acogida se avendría a criarlo. Recoger al lebrato e impregnarlo con mi olor, aunque lo transportara solo unos pocos metros, podía llevarlo a la muerte por bondad.

Se antojaba imposible que el animal frágil a mis pies pudiera sobrevivir por su cuenta en un entorno plagado de peligros, incluidos los zorros y los halcones que veía

a menudo sobrevolar el suelo antes de plegar las alas y caer en picado sobre su presa. El lebrato estaba indefenso frente a esos asesinos que acechaban desde la tierra y desde el cielo. Sin embargo, sabía que la intervención humana podía resultar más perjudicial que beneficiosa, de manera que decidí que lo mejor era dejar que la naturaleza siguiera su curso. Dejaría al lebrato donde lo había encontrado con la esperanza de que, en cuanto me hubiese marchado, se metiera enseguida entre la hierba alta y se reencontrara con su madre. Conté el número de postes de las vallas para recordar el lugar y seguí mi camino.

Cuando regresé, al cabo de cuatro horas, casi me había olvidado del lebrato. Pero ahí seguía, en el sendero abierto, exactamente donde lo había dejado. Sin el menor refugio, con las águilas ratoneras volando en círculos en el cielo, lanzando como almas en pena sus gritos lastimeros. Vacilé, mientras pensaba en las horas de luz que quedaban. Resultaba extraño que la liebre madre no hubiese vuelto a rescatar a su cría, tal como pensé que haría. Sopesé la posibilidad de que el perro hubiese lastimado al lebrato, o que hubiesen matado a su madre. En cualquiera de los dos casos, si no se alejaba del sendero, las probabilidades de que lo arrollara un coche o lo atacaran y se lo comieran aumentaban cuanto más siguiera al descubierto.

Movida por el instinto y sin tener muy claro qué era lo más correcto en esas circunstancias, decidí que me llevaría al lebrato a casa hasta que anocheciera y luego lo volvería a dejar donde lo había encontrado. Para no tocarlo con las manos, recogí varios puñados de la hierba seca que bordeaba el sendero. Me agaché, temiendo en parte que saliera disparado. Ni se movió. Levanté al lebrato

con las dos manos y lo subí con cuidado hasta mi pecho, envuelto en la hierba, antes de recorrer los pocos cientos de metros que nos separaban de mi puerta trasera.

Al llegar a casa, puse al lebrato en una encimera para examinarlo en busca de heridas, ligeramente envuelto en un trapo amarillo nuevo, con el fin de seguir evitando tocarle directamente el pelaje. Por suerte, no encontré heridas ni sangre. Se irguió tembloroso sobre las patas delanteras, que no medían ni la mitad de mi meñique y eran finas como un lápiz, y se sentó vacilante sobre los cuartos traseros, parpadeando y dilatando los orificios nasales, como si quisiera aspirar el extraño ambiente. En la casa, el lebrato se veía aún más diminuto que en el sendero, empequeñecido frente a cualquier objeto diseñado para fines humanos. Sin embargo, no parecía tener miedo ni querer huir de mi lado. Su boca era una diminuta línea tiznada, que discurría en la parte inferior de su cabecita redonda y se curvaba hacia abajo en las comisuras, como si el lebrato se sintiera ya un tanto decepcionado por la vida. En sus ojos de ébano se veía ese lustre púrpura levemente lechoso de muchas criaturas recién nacidas. Tenía los bigotes cortos y tiesos y las extremidades posteriores, que se doblaban en ángulo cerrado, medían casi la mitad de su cuerpo.

Llamé a un ecologista de la zona, que había sido guardabosques, para contarle lo ocurrido y pedirle consejo. Me quitó enseguida la idea de que podía devolver al lebrato al lugar donde lo había encontrado. Me explicó que, incluso si el animalito conseguía encontrar a la madre, esta lo rechazaría porque, a pesar de mis precauciones, estaría impregnado de mi olor. Por otra parte, dijo que en todos los años dedicados a trabajar en el cam-

po nunca había oído que nadie hubiese logrado criar con éxito a un lebrato. «Tienes que aceptar que probablemente muera de hambre o del susto», dijo, amable, pero rotundo. «He oído de gente que ha conseguido criar tejones y zorros, pero las liebres no se pueden domesticar.»

Pasé un mal rato y me preocupé. No tenía intención de amansar a la liebre, solo quería cobijarla, pero al parecer había cometido un tremendo error de juicio. Había sacado a la cría de un animal de su entorno natural, tal vez innecesariamente, sin tener en cuenta si podía cuidarla y sin tener idea de cómo hacerlo; como consecuencia de todo ello, probablemente moriría. Se me cayó el alma a los pies.

Yo crecí fuera de Inglaterra, junto con mis tres hermanos, porque mis padres trabajaban en el extranjero. Regresábamos en las vacaciones a ver a la familia, y pasé los veranos de mi infancia en nuestra casa del campo. Mi madre tenía un don extraordinario para tratar a los animales, y recuerdo una sucesión de erizos y polluelos de grajillas e incluso un verderón rescatado de las garras de un cuervo al que, para mi deleite, cuidó hasta sanarlo. Me encantaban aquellos días, pero después de completar el bachillerato y la universidad, mi objetivo pasó a ser Londres y el mundo entero.

Los años siguientes me fueron alejando del campo. Para mí, la vida y su corazón palpitante se encontraban en la ciudad. Allí, me introduje en el mundo de la política y la política exterior, en el que trabajé como asesora. Desarrollaba ideas y estrategias para personajes públicos, contribuía a transformar sus pensamientos en palabras, y me mantenía a su lado en la «sala de guerra»